

Prólogo para el libro **DIOS LO MANDA Y EL DIABLO LO SUSURRA-Cuentos y diarios a orillas del Caguán** de PABLO IVÁN GALVIS DÍAZ. Editorial La Salle, Distrito de Bogotá, 2016. ISBN 978-959-59270-5-6-

Se reúnen aquí una serie de textos de géneros diversos pero cuyo sustrato común es la experiencia vivida, y vivida de un modo intenso. Mirados en conjunto puede uno ver que el autor logra conjugar en ellos sus varias vocaciones: la literatura, la etnografía, la pedagogía. La transición entre los relatos de ficción y las narraciones etnográficas es muy fluida, sutil; podría decirse incluso que el trasfondo es el mismo. El autor acude a la ficción para darse mayor libertad en la exploración de las motivaciones de los personajes, en el esbozo de su pensar íntimo, en la búsqueda del sentido de sus acciones, y en la segunda parte, de manera más contenida, describe personajes y situaciones en su transcurso real, procurando ser fiel en la percepción del detalle, atendido al registro de su diario de campo, sacando el máximo provecho de sus dotes de observador, de su condición de forastero invitado que cumple una misión en un territorio que no era el suyo pero con el cual se va compenetrando. Hay un cambio de tono de una a otra parte del libro, claro está, pero, reitero, el sustrato, la vivencia, es la misma.

Perseverante y perspicaz, en este segundo libro de su autoría, el trayecto que abarca es mayor, la línea del tiempo zigzaguea, avanza y retrocede, demostrando que una preocupación central, sentida como un deber, es la memoria colectiva, a tono con lo que está en boga, con el imperativo institucional en esta clase de regiones en las que el conflicto armado ha sido intermitente. De un modo espontáneo, por su propia iniciativa PABLO GALVIS se suma a esa labor.

Los relatos de corte literario, también aquellos que hacen un uso de la metáfora del viaje, que denotan un recorrido y un desarrollo lineal de la acción, tienen detrás una urdimbre de recuerdos, de imágenes pasadas, y un sentido trascendente, metafísico diríamos, como que sin proponérselo el autor el cementerio es un escenario recurrente, revela mucho más de sí, de su propia mentalidad y de su condición subjetiva, de lo que seguramente pudiera creer él mismo.

En la literatura que se ha estado produciendo sobre la gran región amazónica dicha mezcla entre ficción y descripción es una constante. Desde los cronistas

que describían lo desconocido a la vez que recogían mitos y leyendas, pasando por individuos tan pragmáticos como los exploradores que en busca de quina o de caucho, ostentando su interés extractivo y mercantil, al tiempo daban crédito e iban registrando la mentalidad circundante, los prejuicios más arraigados con los que era vista la región por parte de quienes se disponían a ocuparla y explotarla (Rafael Reyes recorre por primera vez el curso del río Putumayo, y levanta su cartografía, a la vez que considera, sin base alguna, que todas las tribus indígenas cuyas huellas va encontrando son antropófagas) y, en fin hasta en los antropólogos y sociólogos con vena literaria de la actualidad encontramos ese rasgo. He ahí por qué han hecho de las historias de vida un método preferencial.

En cuanto a la literatura-literatura un ejemplo cabal bien entrado el siglo pasado lo tenemos en José Eustasio Rivera y cómo su obra emblemática, La vorágine algo olvidada hoy, pero que en la región está muy presente llegando a ser elemento de identidad, contribuyó mucho más que las lecciones de geografía y los textos escolares de la época, a dar a conocer al resto del país la Amazonia, sus gentes, sus problemas, ya que la trama que urde, y las descripciones de las que se vale para darle verosimilitud, están nutridas de su experiencia personal, de lo vivido, de sus percepciones más íntimas. Fue por Rivera, y por las desventuras de Arturo Cova que los colombianos de varias generaciones conocimos el infierno de las caucherías, la suerte de aborígenes y colonos esclavizados y explotados de modo inmisericorde por la Casa Arana.

Y quien lo lea de modo atento podrá constatar que PABLO IVÁN es del todo consciente de la tradición, de la riqueza descriptiva de la literatura de la que se pretende continuador. Y es pertinente traer a cuento la secuencia analítica, los grados de elaboración de lo que se va percibiendo de una región y de sus habitantes, tal y como lo entiende el gran Levi-Strauss: etnográfico es aquello que corresponde a la investigación en el terreno, y a los datos que permite recoger, la etnología comporta ya un nivel de generalización sobre una sociedad dada, y en fin la antropología al entrañar una síntesis comparativa, se ubica en el nivel más general y por ende tal comparación se puede hacer sobre sociedades que a primera vista están muy alejadas en el tiempo y en el espacio. A mi entender la mayoría de los relatos etnográficos de este libro se ubican entre el segundo y el tercero de esos niveles de abstracción.

Una consideración especial merece dirigirse a sus descripciones el entorno, su relieve, sus ríos, su fauna y su vegetación. Como muchos de nosotros cuando la atisbamos por primera vez, al ser originario de la región andina queda deslumbrado por su exuberancia, por su diversidad. Tanto en los relatos, como en la narrativa etnográfica, la singularidad del medio natural del piedemonte amazónico, así como de la selva quedan bien registradas y descritas. Y poco a poco quien lea podrá percatarse del modo en que el autor se ha familiarizado con ella, y del modo en que los personajes de los que habla (la mayoría de ellos colonos que provienen de las regiones adyacentes) se han adaptando al medio, se lo han ido apropiando. Al mismo tiempo, los problemas: sin que ese sea el propósito del presente libro, quienes pudimos conocer una de las regiones que describe, el medio y bajo Caguán, y su epicentro Remolino del Caguán, cuando apenas se iniciaba el proceso de colonización y el poblado mismo se hallaba recién fundado; constatamos el acelerado deterioro, el ritmo de la devastación de lo que era selva, y sus consecuencias. Varios testimonios que se aportan aquí nos dan cuenta de lo impredecible del curso del río Caguán y sus afluentes, del estiaje, dificultades para seguir su curso en el verano, para navegar, y la inundación y sus estragos en las riberas durante el invierno. Para los colonos más viejos ya se ha ido desvaneciendo el espejismo de una fertilidad inagotable, y han comprobado con sus propios ojos, la fragilidad del medio, lo insustituible de los recursos que se han perdido con la vegetación autóctona, de sus varios estratos así como de las especies que la habitaban. No hay mucho campo para el optimismo al respecto vistas las circunstancias. Durante el cuarto de hora feliz de la política de paz de la administración Betancur, los años 1984 y 1985, tuve la oportunidad junto con Leonidas Mora (q.e.p.d.) y Jaime Eduardo Jaramillo, de hacer un recorrido extenso del curso del Medio y Bajo Caguán, indagar el ritmo de poblamiento de esa región hacía poco despoblada, establecer los móviles de esa colonización, así como entrevistar a la dirigencia guerrillera, los comandantes de los Frentes XIV y XIV de las Farc; todas nuestras observaciones y nuestros análisis quedaron condensados en un libro que publicó la Universidad Nacional en 1987. Uno de los comandantes que conocimos y con el que nos entrevistamos, Iván Márquez, es hoy negociador en La Habana. Varios de los recorridos, y de las entrevistas, los hicimos con el Director regional del INDERENA, que por entonces era la entidad a cargo de la protección de los recursos naturales pues una de las reivindicaciones de los voceros de los colonos era el levantamiento de la Reserva Forestal que existía legalmente para toda la región. A mí en particular me

impresionó el conservadurismo de los argumentos de los comandantes y comisarios de las Farc en cuanto al uso de los recursos naturales, el argumento, reiterado, se resumía en la expresión coloquial “*Así se ha hecho el país, ¿dónde están los caimanes del Magdalena?*” etc., y puesto que así se había hecho, tenía sentido seguirlo haciendo del mismo modo.

En los más veteranos, en los más aquerenciados de los colonos que se han fundado en esta región ha ido surgiendo una conciencia, muy embrionaria todavía, sobre la fragilidad de los suelos, y del entorno en general. Esperemos que se desarrolle con consecuencias prácticas, que sirva al cabo para revertir el ritmo de la devastación.

Queda en firme eso sí, el valor de los testimonios compilados, su reconstrucción y la elaboración del contexto por parte del autor; y la sutileza con la que trata a lo largo de esta obra todos los aspectos de la vida regional, incluyendo los más controversiales.

Fernando Cubides

Sociólogo.

Profesor Titular Jubilado

Universidad Nacional de Colombia.

Abril de 2016.